

El sinuoso crepitar del fuego

A Bradbury

*Una única mujer con un pedernal
o con una tea podía quemar
todo un bosque en cuestión de horas.
La domesticación del fuego
fue una señal de lo que habría de venir
Yuval Noha Arari*

Lo que nosotros llamamos noche había desplazado con su manto de oscuridad lo que también nombramos luz del día. Para ellos aún no existe tal distinción. *Tiempo* es un lujo negado a su limitado intelecto homínido. Sólo “saben” que llega un momento en el cual no alcanzan a ver más allá de la punta de sus narices, que los depredadores ponen en riesgo sus vidas y que un animal ininteligible recorre su espinazo. Una reacción bioquímica, producto de la segregación de adrenalina por parte de una glándula en nuestro cerebro, diseñada especialmente para hacernos huir de los peligros y ponernos a buen resguardo. “Miedo”, lo bautizaremos más adelante. Aún no entienden la mecánica de la supervivencia. Bioquímica, adrenalina, cerebro, glándula, son entelequias rimbombantes de su futuro heredero *sapiens*. Intuyen que deben protegerse, que algo amenaza sus vidas. Sienten que todos los músculos de su cuerpo se tensan y los ponen en movimiento a la mayor velocidad que les es posible. Aunque no entiendan lo que significa amenaza ni vida. Ni qué es “intuición” o “sentir”. Ninguna palabra tiene sentido porque es un tiempo antes del tiempo y antes de la palabra. Y antes de la palabra *palabra*.

“Me enamoré de alguien más. Lo siento”.

Esa fue su despedida. Siete palabras. Fue lo mejor que pudo decirme. Ni siquiera tuvo el novelesco detalle de dejármelo por escrito en un papel que pudiera arrugar, quemar, romper, con el cual secarme las lágrimas o sepultarlo para siempre en las páginas de alguno de los tantos libros “por leer” de nuestra biblioteca. Mi biblioteca a partir de ahora, aunque algunos de sus volúmenes siguen allí. También parte de su ropa quedó huérfana en el armario.

No. Un vulgar mensaje de wasap, fue todo. Luego me bloqueó de esa y todas las demás redes. Es una forma de morir. O de matarme, tal vez.

Yo también decidí desaparecer. Llevo ya tres días sin salir de casa, autoconfinada. Mi cama y mi cuerpo están casi fundidos. Me levanto únicamente por no orinarme o cagarme encima y para comerme alguna galleta con atún enlatado o un puñado de cereal seco y tomar agua. No me he bañado ni cepillado los dientes. La habitación apesta a enfermo terminal, a cama clínica. Después de ese día no he posteado nada más en ninguna de mis redes y he mantenido apagado todo dispositivo que me

comunique con el mundo exterior. Por fortuna estoy en otro país, porque si no ya tuviera a la familia en tropel invadiendo el apartamento. A la cabeza, mi mamá con su mirada acusadora. “Te lo dije”, diría con cada fibra de su ser, más por el placer siempre embriagante de tener la razón que por sincera preocupación por mí. Pero debo admitirlo. Esta vez la tuvo, esta sola vez acertó. Él no era quien yo creía y ella intentó advertírmelo, no una, sino muchas veces. Pero yo ignoré el consejo adjudicándoselo a su necesidad enfermiza de controlarlo todo, especialmente la vida de sus hijos. Pero peor aún, me desoí a mí misma. A pesar de la advertencia materna, de las claras señales, de sus desvaríos evidentes, no quise hacerme caso. Algo en mis entrañas me repetía con insistencia que las cosas no iban bien, pero mi mente intervino. Se armó una batalla entre cerebro y corazón y yo cedí al primero dejando en coma al segundo.

Desde la tarde, truenos ensordecedores y un viento helado presagiaban otra noche violenta. Koobi estaba a orillas de un pequeño riachuelo de larga y serpenteante cabellera, recolectando unas bolas coloradas de piel corrugada y brillante, que recién habían descubierto y que teñían los labios y dientes de rojo al comerlas. También les provocaba un éxtasis que les hacía revolcarse de placer en el pasto como lombrices en tierra caliente. A la primera detonación celeste alzó la mirada y divisó grises formas gaseosas juntándose sobre ella como preparando una emboscada. Un bramido áspero brotó de su garganta para alertar a sus dos crías que jugaban entre pasto y flores silvestres. Tomó dos de las novedosas frutas en sus manos y comenzó a arrear a los pequeños camino a la cueva. Los gigantescos árboles comenzaron a danzar y a quejarse en crujidos. Dos gruñidos más acompañados de suaves empujoncitos en el lomo de los críos, fueron la orden para que apretaran el paso. El viento arreció y otros animales salieron en desbandada por tierra y aire, procurando refugio. Algunos trepaban los árboles, otros corrían a internarse en la espesura de la selva prehistórica. Ella observa y sabe que debe hacer lo propio, antes de quedar a merced de la oscuridad total, anunciada en ese cielo que ha aprendido a leer como un mapa. Corre tan rápido como su postura a medio camino entre erecta y encorvada se lo permite. Los pequeños van adelante, llevan buen paso. Ella los observa unos segundos y ensaya algo parecido al orgullo. Segrega endorfinas por el regodeo de ver a sus hijos haciendo diligentemente lo correcto. Un ramalazo de brisa huracanada estrella ramas enormes al lado del sendero, ella antepone su cuerpo al de los cachorros sin detener la marcha. La prioridad es protegerlos. La misión es llevarlos a destino, sanos y salvos.

Al fin llegan. El macho sale a recibirlos. Al verlo, los cachorros se arrojan sobre él que los abraza brindándoles cobijo. Toscos pero suaves golpes con la palma de la mano sobre sus cabezas, auguran lo que en miles de años serán caricias. Se encuentra con la hembra que le muestra las frutas rojas. Él da media vuelta, toma por la cola dos animales muertos parecidos a ratas grandes y los pone a sus pies con cierta reverencia. Se repiten los manotazos brutos sobre las cabezas mutuamente. Entre mugidos y lerdos movimientos simiescos, terminan de entrar todos a la cueva llevando consigo las provisiones del día. Un rayo acompañado de un tronido espeluznante rasga la tela del cielo en varios pedazos, mientras una colisión de nubes negras adelanta la llegada de la noche. Dentro de la cueva ya con el resto del clan, inician una especie de ritual fantochesco, una danza desordenada minada de alaridos guturales, mientras afuera la tormenta toma fotografías siderales sobre la tierra. Al cabo de un rato de danzar se van deteniendo uno a uno. Los adultos asoman tímidamente la cabeza por la boca de la cueva como esperando algo. La lluvia de otros días no llega. Siguen los espasmos eléctricos haciendo estragos y el frío se atreve a invadir la cueva sin misericordia. Se amontonan unos sobre otros para darse calor. Koobi, la hembra de las frutas, acuna entre sus brazos y piernas a sus cachorros mientras el macho a sus espaldas le abriga. Su mirada se pierde en la oscuridad intermitente de la jungla. En sus ojos pardos rebotan los flashes refulgentes del cielo. Guarda con actitud contemplativa. Nace algo parecido a un pensamiento.

Siento náuseas y dolor en el vientre. Está por venirme la regla, recuerdo. Ya es el cuarto día. Un sopor ingobernable me ha invadido. Trato de llorar, quiero hacerlo. Pero mis lagrimales han decidido precisamente ahora tomarse unas inoportunas vacaciones. Tengo un sapo atorado en la garganta. No dejo de pensar, de preguntarme quién será la puta por la que me dejó. No me interesa que sea una santa, a mis ojos y en mi condición es y será siempre una puta. Es mi derecho llamarla como me venga en gana. Pero sobre todo no dejo de preguntarme por qué. Qué pasó, qué hice o dejé de hacer. Mi cerebro busca respuestas desafortunadamente como si estuviera en un concurso de agilidad mental ¿Será porque no me gustaba el sexo anal tanto como a él? ¿O será por mi eterna desidia ante los quehaceres domésticos? Total, qué quería él, ¿una esclava? Le gustaba el orden y la limpieza, pero siempre y cuando lo hiciera otro, osea yo ¡Cabrón machista! ¿Será por mi obsesión con mi carrera que tanto esfuerzo me ha costado? Claro, su historia es diferente. Él es rico de cuna, lo ha tenido todo siempre ¡Egoísta! No. Seguro tiene que ver con sexo, siempre es el sexo ¿Será que ya no era lo suficientemente perra en la cama para él? ¿O será por el día que me descubrió masturbándome mientras leía *Zonas húmedas*? Pero si ese día más

bien se emocionó y cogimos como nunca. ¿Será que ya no le gustaban mis téticas de perra preñada que mordía hasta casi romper cuando estaba a punto de acabar? ¿O será por mi culo chato de nalgas huesosas? No lo creo, siempre me dijo que le gustaban las flacas menuditas como yo y que lo que lo enamoró de mí, fue cuando me oyó hablar por primera vez. “Es bueno tener a alguien con quien compartir una conversación inteligente y un buen café”, decía ¿Ah será que dejamos de hablar de los temas que nos apasionaban, tomando vino tinto los viernes y degustando quesos mientras escuchábamos a Bach o a Drexler? Ah ya sé, también dejamos de frecuentar las salas de cine de autor y caímos en la *netflixmanía*, a pesar de su resistencia a las modas y a plegarse al comportamiento de manada ¿Será que se hartó de comer siempre de la calle porque no me gusta cocinar? Debo levantarme a orinar otra vez. Se sufre mejor con la vejiga liviana ¿Será que se obstinó de tanto pedirle que bajara la tapa de la poceta...?

El cielo estaba preñado de granizo. Por primera vez, ven y escuchan caer y amontonarse, esas bolas blancas afuera de la caverna. Son disparadas con tanta fuerza que dejan un silbido penetrante tras de sí y se oyen hacer añicos las hojas y ramas de los árboles. Quejidos y aleteos desesperados comienzan a poblar el aire poco a poco hasta hacerse cercanos. Dentro, nuestros ancestros empiezan a inquietarse. Por primitiva empatía quieren responder a los bramidos provenientes del exterior. Dos machos comienzan a empujarse y a arrancarse las pieles postizas con las que se cubren pobremente de las cuchilladas del frío. Se separan del grupo entre la penumbra y buscan un espacio vacío dentro de la cavidad como guiados por una brújula intracraneal. Se colocan frente a frente mostrando los dientes de escasos colmillos. Los destellos relampagueantes del exterior iluminan intermitentemente sus rostros feroces de animal territorial. Brincan verticalmente golpeando con fuerza la tierra al caer. Giran alrededor de un círculo imaginario, profiriéndose mutuamente fieros rugidos acompañados de fuertes detonaciones, hechas con los puños cerrados sobre sus propios pechos. Es una demostración de fuerza, algo atávico, la semilla de futuras guerras. Los demás no dejan de gritar y de inquietarse. De pronto, un animal colosal que la oscuridad no permite reconocer, lanza un grito ronco y grave en la puerta de la cueva que resuena en las paredes y se devuelve dejándolos a todos sordos por unos instantes. Los machos en disputa olvidan sus diferencias ante la amenaza y retoma cada uno un lugar en el tumulto. El animal incógnito se oye alejar con pasos pesados que retumban debajo de la granizada moribunda. Poco a poco vuelve la calma a los corazones de aquellos seres primitivos mientras continúa la borrasca en el mundo que les rodea.

Día cinco. Mis pupilas casi desaparecen ante el resplandor solar que transparenta la persiana del cuarto y rebota en las paredes blancas iluminando todo a su paso, sin compadecerse de mi dolor. Estrujo mi cara contra la almohada por un momento. No tengo idea de qué hora puede ser, la vida simplemente pasa, sigue un rumbo sin brújula. No tengo conciencia del tiempo. Total, es una construcción antropológica, una forma de ordenar nuestro caos circundante. Pero no estoy de ánimo para disertaciones filosóficas.

Vomitó dos veces en la madrugada. Esta ha sido la peor de las noches. Me siento débil y con escalofríos en cada milímetro de piel. Vienen a mi mente febril todas las lecturas sobre liderazgo, actitud mental positiva y toda la pacatería *new age* de vacía motivación y superación personal prefabricada, que nos hicieron leer cuando estuvimos en el negocio ese que prometía hacernos ricos rápidamente y sin esfuerzo. Perdimos más dinero del que ganamos, sin contar los dos años invertidos. Pero al menos me quedó el conocimiento que ahora, justo ahora, viene en mi auxilio cuando más lo necesito; aunque siempre tuvimos nuestras dudas y hasta nos burlábamos en secreto de la perorata sobre el éxito instantáneo para microondas.

“Estoy en una encrucijada y debo tomar una decisión”, pienso aplicando alguna técnica de evaluación de conflictos aprendida en esos ridículos avatares. “¿Cuál es mi situación actual y con qué recursos cuento?”, continúo mi autoterapia. Bueno, en primer lugar, el estúpido ese se fue sin siquiera tener los cojones de hablarlo de frente conmigo. La pregunta es: ¿merece que yo esté en este estado por él? Evidentemente la respuesta es no. Segundo, suponiendo que realmente se haya “enamorado” como me dijo en su mensaje, ¿qué puedo hacer?, ¿es algo que puedo controlar? Nuevamente y sin necesidad de darle muchas vueltas al tema, la respuesta es no. Alguna vez leí o escuché en alguna conferencia, que toda pérdida genera un luto. El corazón se anega de una sangre negra y espesa como petróleo. “Todo luto hay que vivirlo. No será fácil ni rápido. Pero por algún lado y en algún momento hay que iniciar. Mientras más lo niegues o postergues su aceptación, más se prolonga la propia agonía.”, sigo recordando. Me quedo por un momento acostada de medio lado con ambas manos palma a palma, bajo mi sien derecha. No puedo creer que toda la mierda de autoayuda que tanto critiqué en el pasado me salve el culo ahora. La vida y sus ironías. Cierro los ojos. Respiro profundo.

“Quién soy”, medito. Tras unos segundos, un pensamiento rompe el silencio interior: “Soy Kenia, hija de Eva y Moisés, venezolana radicada en Madrid a donde me ha traído la vida persiguiendo mi sueño de ser escritora. A mis 27 años he vivido con intensidad mi pasión por las artes y sobre todo por la literatura. Acabo de culminar mi

doctorado en la Complutense y estoy en proceso de publicar mi primer libro de cuentos. Desde niña he sido siempre decidida y terca cuando quiero conseguir algo y desde los 17 años soy independiente. Mi vida ha sido un continuo batallar como cualquier vida que se vive de veras. Este idiota es el tercer novio que he tenido pero el primero con el que me atreví a intentar eso que llaman vida de pareja. Me la jugué por él. Nadie en mi familia lo aprobaba, especialmente mi madre como ya dije. Pero cuando quiero algo simplemente voy por ello y lo consigo o muero en el intento". Pues me toca morir, caigo en cuenta...

Abro los ojos. La pared espumosa del cuarto ataja mi mirada que tarda un poco en calibrarse. Mis labios finitos, pálidos y apretados se estiran haciendo la primera mueca de una sonrisa en días. Dos trocitos de hielo color ámbar comienzan a derretirse debajo de mis cejas.

El granizo se marchó dejando un recuerdo glacial. El calor de sus cuerpos telúricos comienza a descender peligrosamente afectando su respiración. Es una experiencia nueva, se sienten desorientados. Afuera el cielo encendido grita palabras de trueno indescifrables y cromadas. Adentro reina un silencio de muerte. Sollozos sibilinos, leves gemidos, restos de vida cabalgan las ondas en el aire a duras penas. De pronto se oye un estallido ensordecedor tan cercano como si estuvieran en el vientre de un volcán en erupción. Toda la cueva se estremece haciendo temblar hasta el suelo de tierra húmeda. Pequeñas lajas multiformes se desprenden del techo y las paredes musgosas. Sus corazones rupestres se aceleran a toda potencia enviando sangre a millón al torrente sanguíneo, tratando de elevar la temperatura y de evitar que pierdan la consciencia; el cuerpo incipiente es sabio. Ha sido una noche de incertidumbres, de nuevas vivencias; demasiadas para una sola noche podría decirse. Algo se aproxima. Son inconscientes de que habitan en un hueco a los pies de una pétreo montaña donde un mal rayo ha partido en dos un árbol de proporciones ciclópeas. La mitad desgarrada ha emprendido galope ladera abajo, envuelta en llamas a toda velocidad en una avalancha infernal que devora todo a su paso. Al fin cae a las puertas de la arcaica vivienda causando un ruido estentóreo y expulsando despojos incandescentes en todas direcciones. Cenizas encendidas se elevan hasta disolverse en el aire como diminutas luciérnagas, dándole un aspecto mágico a la escena. Todos sueltan al unísono un grito de espanto en perfecto *staccato* con la precisión de un coro entrenado. El miedo pasa a la fase de pánico aunque no guarde sentido alguno para ellos. Un movimiento involuntario los ha empujado en masa hasta el fondo de la cavidad de piedra desde donde son apenas alcanzados por el resplandor de aquel sol

de madera. Ojos y bocas apretados, cabezas gachas. Solo se escuchan débiles resoplidos y el sinuoso crepitar de las llamas. Desean que todo acabe pronto.

El agua sobre mi rostro se camufla con las lágrimas. Me quedo un rato perdida en mí, con los ojos cerrados, simplemente sintiendo cómo se inunda cada poro gota a gota. Trato de no pensar. Pero la mente es inquieta por naturaleza y el alma de frágil linaje. Al cerrar la puerta de los pensamientos se abre la de los recuerdos, es imposible clausurar ambas a la vez. Somos rumiantes mentales dotados de ordenadores eternamente encendidos, procesando y produciendo datos (incluyendo emociones).

Cuántas duchas juntos, ¿recuerdas?, aquí y en el piso donde vivimos al iniciar este viaje que acaba de llegar a su fin. Ese que compartíamos hacia las afueras de Madrid con otra pareja de amigos, hasta que un día los conseguimos follando sobre la mesa del comedor. Cómo olvidar los paseos dominicales y bucólicos que hacíamos en primavera por el Parque El Retiro donde nos sentábamos a almorzar nuestros bocadillos favoritos: de jamón ibérico para mí y de calamares rebosados con salsa alioli para ti. Luego nos quedábamos leyendo a orillas del gran lago donde el sol patinaba sobre una pista plateada al caer la tarde y un cuarteto de cuerdas formado por estudiantes del Superior, pintaba de notas los mármoles de otros tiempos. Yo siempre sentada y tú siempre acostado con la cabeza sobre mis muslos famélicos, lo que me permitía pasar más tiempo contemplándote sin que te dieras cuenta mientras acariciaba tu cabello. Y las visitas a Casa de Campo en invierno, donde jugábamos a las escondidas entre rascacielos de madera y dejábamos besos estampados en el follaje acurrucados en la helada grama, verde y cómplice. Aquél fin de semana que nos escapamos en autobús sin pensarlo demasiado a conocer Sevilla, ¿recuerdas? Contemplábamos maravillados los olivares a la orilla de la carretera que exhibían un verde recién nacido. El primer día hicimos el paseo en catamarán por El Guadalquivir inmenso e imponente, ante la mirada silente de los naranjos de fruto amargo que pueblan las caminerías al otro lado del ancho río. Allí, poniendo aquella llanura fluvial por testigo, prometiste cuidarme y permanecer a mi lado “por siempre Kenia”. La primera vez que vimos juntos *El jardín de las delicias* de El Bosco, en El Museo del Prado. Recuerdo escuchar fascinada de tus labios pero sin quitarle los ojos de encima a la pintura, su historia y complejidad técnica. Cómo olvidar aquél día que me dijiste “te tengo una sorpresa” y me pediste que estuviera lista para salir a las 4 de la tarde. Tomamos el Metro y desembarcamos en la estación Banco de España, donde nos esperaban unos amigos para hacemos pasar a una sesión especial de la Real Academia de la Lengua. Fue el día que declararon que en Colombia se hablaba el

español más perfecto del mundo. Recuerdo que lloré de emoción y con ímpetu tropical te abracé y te comí a besos en medio de aquél acto solemne, ante la mirada estirada e incrédula de los asistentes que teníamos a nuestro alrededor.

Pero ninguno de esos surcos que grabamos juntos en el disco del tiempo y la memoria, fueron suficientes para evitar tu huida por la puerta trasera como un vulgar ladrón. Te mentiría si te digo que no guardo una herida, que no me encabrona esto. Me encantaría decirte que me es indiferente lo que hiciste, que yo también me veía a escondidas con un amante que me entregaba por unas horas algún furtivo placer. Pero la realidad es que estoy aquí por primera vez en mi vida, con el corazón entre las manos como si me acabara de llegar por correo y debiera ensamblarlo para hacerlo funcionar, pero las instrucciones están en mandarín y no sé por dónde coño empezar. Y mientras tanto, la vida debe continuar sin latidos en el pecho.

Un cordón umbilical de humo grisáceo une la tierra y el cielo. Poco a poco la cueva va cobrando un aire de agradable tibieza. Lentamente, ojos comienzan a abrirse y cabezas a levantarse. Miran en todas direcciones. Es la primera vez que pueden ver de noche con tanta claridad los detalles del lecho rocoso que tienen por hogar y distinguir sus rostros entre sí. Sus miradas se sincronizan hacia la bestia de caliente resuello y crines de color amarillo anaranjado, que guarda la entrada como un mastodonte del averno. Vistos desde afuera, parecen cabezas de guiñoles peludos que devuelven con sus ojos de botones color miel, el brillo prestado de la candela nerviosa. En la pared del fondo se proyecta una película de sombras pliocenences que parecen danzar frenéticamente. La seductora sensación de calor se contradice con el miedo ante lo desconocido. No tienen consciencia del primer ejercicio dialéctico de la historia antes de la historia y antes de la palabra *historia*.

Mis piernas flaquean. Necesito reponer las fuerzas perdidas en estos casi seis días de abandono autoinducido. La ducha fue un buen comienzo, un acto de limpieza, sanador, aunque asumo que la mezcla tóxica entre arrechera y desconsuelo tardará mucho en ser exorcizada de mi sistema. Me dispongo a cocinar en muchos días aunque no es precisamente mi deporte favorito. Algo rápido y fácil de hacer: carne molida con pasta y quizá un par de hojas de lechuga con algo de aceite de oliva y acceto balsámico. Saco la bandeja con la carne y la dejo descongelando en el microondas mientras lleno una olla de agua. Presiono el encendido eléctrico de alocadas chispas que produce la llama pero no pasa nada. Intento la operación una y otra vez tercamente y la ausencia de combustión sigue siendo la respuesta. Un breve flashback se cruza ante mis ojos con la imagen de un email de la junta de condominio,

advirtiéndome que el fin de semana estaríamos sin servicio de gas por labores de mantenimiento; “favor tomar provisiones”. Hago cuentas: es sábado ya ¡Qué rápido pasa el tiempo cuando una quiere medio morir! Pienso en alternativas y de pronto recuerdo que en algún momento compramos una cocinita eléctrica de una hornilla que vimos en oferta, “por si acaso”. Está nueva, ruego que funcione. El sólo acto de preparar todo y la decisión de continuar el viaje con mi mochila de dolor a cuestas, me ha estimulado el apetito. La saco de su caja y la coloco sobre el mesón de piedra; parece un pequeño robot, una especie de tortuga mecánica. Estoy tentada a darle la orden para que me prepare una pasta con albóndigas. La conecto y todo funciona correctamente. Una luz rojiza indica la temperatura y el hierro en forma de espiral comienza a templarse hasta adquirir rápidamente un rojo vivo aterciopelado. En ese instante volteo hacia la estufa muerta y pienso “qué sería de nosotros sin el fuego”. Terminó de montar la olla donde se cocinarán los macarrones mientras el bip del microondas me indica que la carne ya ha sudado el hielo. Ahora le toca aguardar su turno para ser ejecutada.

Al fin los cielos guardan un funerario reposo. Tras un instante de vana contemplación, Koobi se incorpora separándose unos pasos de la manada. El macho le lanza un grito inquisidor mientras estira el brazo en pos de su hembra. Ella lo ignora. Permanece acuclillada con los puños pegados al suelo sin quitar la vista de la hoguera que parece estar viéndola de vuelta. El corazón pedalea más aprisa. El resto de los cavernarios comienzan a mirarse entre sí, dejando escapar breves chillidos como de advertencia. Ella avanza un par de pasos más y se detiene con la misma actitud exploratoria. El macho arroja otro intento de reprimenda con más decisión y autoridad pero sin moverse de su lugar. Koobi se incorpora sobre sus dos piernas, quedando totalmente erecta. Voltea por un momento y clava en él una mirada penetrante que luego esparce sobre todos los demás. Hay desprecio y decisión en sus ojos. Ellos quedan mudos ante la osadía. Avanza un paso y respira profusamente. Avanza dos pasos más y vuelve a parar la marcha pero sin encorvar el cuerpo ni doblar el espíritu. Frente a ella el fuego, detrás del fuego la lobreguez de la selva inhóspita. Finalmente, llega al punto máximo en el que el calor es lo suficiente para mantenerla caliente sin causarle daño. Renace la extraña sensación de paradoja producida por la oprobiosa unión de temor y placer. Alza lentamente su brazo con el dedo índice extendido hacia la madera ardiente y confirma el lindero que resguarda su integridad. Los demás quedan atónitos ante aquella impensable hazaña y el macho queda sin sonido en sus cuerdas vocales; sin palabras, si cabe la extrapolación. La valerosa hembra se deja caer en la tierra húmeda pero tibia y queda sentada con las piernas

cruzadas en posición de ritual, descansando sus antebrazos sobre los muslos. Cierra los ojos un instante mientras su respiración se acompasa lentamente al igual que su frecuencia cardíaca. Su sistema de referencia explora en su banco de memoria de sensaciones corporales. Este agradable cobijo no se parece a ninguno de los que conoce: ni al de las pieles peludas de otros animales, ni al de su macho, ni al de sus hijos. Tampoco al de la tribu cuando se junta protegiéndose entre sí. Es una calidez nueva que llega muy profundo, hasta el alma primigenia que registra la primera sensación de paz en la constelación de su especie naciente. Ha descubierto la importancia del fuego. Sin saberlo, con ese pequeño acto desafiante ha bifurcado la historia de su progenie. Ella será la desconocida ancestral a la que le deberemos la domesticación del elemento regalo de los cielos y que guiará el resto de nuestra existencia sobre este mundo hasta la finitud de sus días.

La chispa de aquella iniciativa temeraria no tarda en propagarse. Pronto las demás hembras de la cueva comienzan a acercarse, tímidamente al principio, con mayor aplomo después, hasta donde está Koobi. Ella las recibe con agradable expresión en el rostro; el esbozo de una sonrisa quizá. Es la manifestación de la sensación del triunfo, ese sentimiento de autosatisfacción que engrandece nuestros espíritus y estimula nuestro apetito voraz por conquistar nuevas cumbres. Los machos quedan rezagados al fondo con las crías hasta que, con mayor timidez que sus compañeras, poco a poco se unen a la celebración del nuevo descubrimiento.

Comí poco. En estos días de medio ayuno el estómago se ha reducido. Media copa de tinto vacila entre mis dedos mientras el plato y los cubiertos yacen sobre el mesón como una naturaleza muerta. Me tomó casi el doble del tiempo preparar la comida tan solo por no contar con fuego, sino con esa imitación barata de utilería. No dejo de pensar fascinada qué impulso tan grande pudo haber inducido al primer hombre a acercarse a él. Sin ese primer acto liberador no hubiésemos superado el frío ni vencido la tiranía de la oscuridad. Tampoco hubiésemos podido cocinar las primeras raíces y proteínas que proveyeron los nutrientes básicos para el desarrollo de nuestros cerebros y con ello nuestro encumbramiento como especie. Mucho menos hubiésemos descubierto su capacidad destructiva, maligna y profundamente dañina unas veces o renovadora y purificadora otras tantas. Tras un sorbo grande de vino que deja mis dientes purpúreos y mi paladar encendido, se revela la clave de mi redención: debo quemar ese pasado reciente para poder construir un nuevo camino de las cenizas que surjan. De eso se trata el tema de seguir adelante, de pasar la página. Necesito un acto de cierre, tal vez doloroso pero triunfal, definitivo, que me permita

iniciar la recuperación del control de mí misma y de la situación. Y sé precisamente cómo hacerlo.

Voy a la habitación y busco en la mesita de noche una pequeña llavecita plateada y solitaria. Con ella abro una de las gavetas de la biblioteca, una en especial. Reposo allí un pequeño tesoro que era muy importante para él y del cual siempre se ufana cada vez que teníamos visitas en casa. Se trata de una copia autografiada de *Fahrenheit 451* de Bradbury. Está depositada en una pequeña caja de cartón libre de ácido, especial para la preservación del papel; se la obsequió un amigo de la Biblioteca Nacional. Al valioso libro lo acompaña un certificado de autenticidad, una especie de partida de nacimiento expedida en Nueva York por el anticuario de la tienda de memorabilia donde lo compré, como para disipar cualquier duda acerca de su origen. Extraigo la caja de su pequeño recinto y me regreso al mesón de la cocina. Bebo el último trago de vino tinto, no quiero testigos. Abro el recipiente y allí está el libro con los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre su pecho como en una cámara mortuoria. Pero no es cualquier libro. Es un ejemplar de la primera edición de 1953 publicado por la Ballantine Books en tapa dura de aterciopelado rojo. Aún conserva el forro original con esa imagen quijotesca de un hombre de papel en llamas que presagia lo que va a ocurrir. Lo tomo por última vez en mis manos trémulas y le doy una breve hojeada con cariño. A la primera vuelta de página, en la portada justo debajo del título, salta la rúbrica inconfundible del autor en tinta púrpura, relampagueando en mis pupilas expandidas de excitación. Sigo acariciando cada hoja de papel delicadamente, hasta que llego a una página que tiene un par de líneas especialmente encerradas en un escuálido círculo de grafito, apenas visible: *What is it about fire that's so lovely? No matter what age we are, what draws us to it?...* La garganta se me reseca hasta hacerme carraspear y el corazón comienza a darme tumbos, no sé si por la emoción del momento o por el licor. Cierro el libro en la palma de mi mano como una biblia y lo despido con un profundo suspiro. Busco en la alacena hasta dar con un encendedor y oteo en todas direcciones como si tuviera la sospecha de que alguien me espía. Sin pensar demasiado, tomo la pequeña urna de papel y me voy al baño de mi habitación. Abro la pequeña ventana y la fresca brisa de primavera besa mi rostro. Busco en el botiquín un frasco con acetona y le dejo caer algunas gotas en varios puntos estratégicos. Acciono el encendedor. La yesca produce un chasquido infructuoso, luego otro. Al tercero al fin las chispas me regalan la preciosa lumbre, diminuta, ondulante. Parece sonreír, guiñar un ojo. Un instante después mi rostro se ilumina ante una orgía multicolor de destellos azules, amarillos, naranjas y rojos. Siento el calor apoderarse de mi cuerpo, escucho el papel arder y aspiro el humo de aquella infamia. Hoja tras hoja se retuercen enroscándose sobre sí

mismas, hasta despedirse con un gesto carbonizado. Confirmando el poder del fuego y llego a una conclusión: debió ser hembra. Están mal todos los libros de antropología, arqueología e historia cuando se refieren al momento en que el “hombre” domesticó el fuego. Tuvo que ser una mujer. Si hubiese dependido de un macho aún estaríamos en la edad de piedra. *Mulier sapiens*. Sonríe ante la ocurrencia. También por la cara que va a poner cuando se entere...

Terminada la ceremonia de cremación, decido al fin reabrir las compuertas de mi vida. Aún con el libresco cadáver humeando en el suelo, enciendo mi teléfono. Una lluvia de notificaciones comienza a invadir el aire como un jolgorio de grillos. Me detengo en una en particular, la de Clarisa, mi editora. “Hola querida Kenia/Necesito urgentemente que me enviéis el cuento que falta para terminar de montar el libro/Está por vencerse el plazo para su entrega/No me hagáis quedar mal tía!/Besos”. Le respondo con un saludo y le pido disculpas por la ausencia de días. “Acabo de terminar el cuento” le comunico seguidamente. Minutos después me envía un emoji de celebración y me pregunta si ya está listo. “Sí, solo falta revisarlo”, le respondo. “Me hacéis muy feliz guapa!!! Cómo se llama?”. La pantalla del celular me devuelve la imagen de mi propia sonrisa. Finalmente le contesto: “*El sinuoso crepitar del fuego*, espero te guste”, con una carita sonriente.

Me envía un pulgar levantado.